

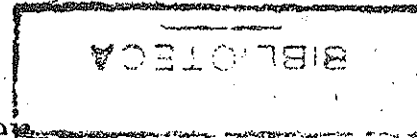
DEL MAL USO DE LA
IDENTIFICACION
PROYECTIVA

15
4
12

1

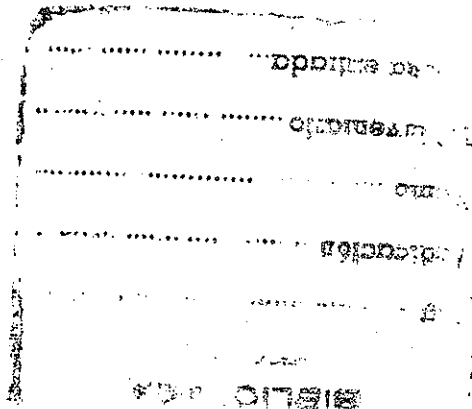
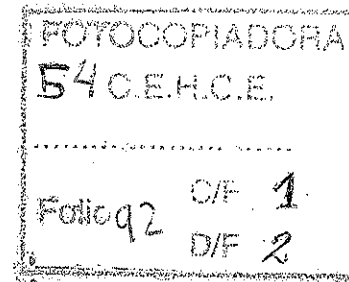
El aprendiz de historiador y el maestro-brujo

Del discurso identificante
al discurso delirante



Piera Aulagnier

Amorrortu editores
Buenos Aires



una teoría universal de la que se pretendiera el inventor. A este intercambio de los «conocimientos» es preciso agregar el que se produce en el registro de los afectos y de su complementariedad. Sería falso pretender que la famosa «neutralidad» del analista debería tender a eliminar todo intercambio en este registro, para convertirlo únicamente en el soporte silencioso de las proyecciones, de los afectos removilizados en el analizado. El conocimiento de la versión que este último se crea de su historia, los recuerdos que de ella guarda, son indispensables al analista para pasar de lo universal a lo singular, pero este «pasaje» sólo llega a destino merced al «suplemento necesario» que uno debe a los afectos que sirven de puente, de ligazón, de puntos de capitonado entre esos dos relatos históricos.³ La transformación de un texto teórico en un discurso singular y viviente exige que este último, es decir, nuestras interpretaciones, nuestras palabras, esté dotado del potencial afectivo que debemos a la relación trasferencial. Esta relación revela al analista no solamente uno de los posibles del texto teórico, sino uno de los posibles de su propio vivenciar afectivo, de su capital relacional. La transferencia desempeña en la experiencia analítica el papel de un catalizador que permite a dos discursos, dos historias, dos experiencias, dar cima a una tercera y nueva construcción, de que cada uno de los constructores, terminado el análisis, extraerá las consecuencias, los beneficios, las enseñanzas más conformes a la prosecución de un trayecto que continuará él solo, pero cuyas metas habrán sido modificadas. Esta construcción nueva, según se supone, no ha de contradecir la que ya poseía el analista (cuando así sucede, es su construcción teórica lo que está obligado a modificar); más compleja es su relación con la construcción que el sujeto había edificado de su historia antes del análisis. Al analista le aporta la prueba de la función que lo «ya-conocido» cumple en la elaboración de una historia que si no había sido ya escrita, lo ya-conocido hizo posible. Al analizado, coautor de esta nueva construcción histórica, mostrará que un sujeto no se puede preservar, no puede desear ni amar si no es reconociéndose en ese ser compuesto que liga lo singular y lo universal. Desde luego, a la singularidad de *un* vivenciar (el vivenciar del analista) hará correspondencia la diversidad de vivenciar de cada uno de aquellos a quienes analizará; y para estos es asaz peli-

³ Retomaré algunos de estos temas en la parte clínica: repetición quizá molesta, pero que se justifica por la importancia que les atribuyo.

gros encontrarse con un analista que en sus discursos sólo pudiera oír el eco, la reproducción, de uno de *sus* «ya-vivido». Pero a esta diversidad necesaria, y que por otra parte promueve el intercambio, hace contrapeso la experiencia afectiva común a los dos sujetos porque está presente en todo sujeto,⁴ suerte de capital experimental, compartido, universal e indispensable para que el sujeto encuentre en el otro, en los otros, ese mínimo de familiaridad que relativice la inquietud, de la que se sabe a qué extremos puede llegar, provocada por lo diferente. Mi anhelo es que las «historias llenas de silencio y de furor» que en estas páginas se leen, convengan al lector de la importancia que es preciso otorgar a esta interdependencia de los conocimientos, de las emociones, de las historias, sin la cual el analista y su *partenaire* se hundirían en las arenas movedizas de un «hacer como si». Pondré término a esta introducción con el análisis de dos mecanismos psíquicos que merecen una atención particular: el primero porque su presencia basta para imposibilitar todo trabajo analítico; el segundo, porque puede oponer una resistencia particular a nuestras interpretaciones y darnos una primera impresión del «efecto de realidad» que señala, en ocasiones de manera indeleble, ciertos acontecimientos psíquicos.

Del mal uso de la identificación proyectiva

Escuchando a ciertos analistas hablar de su experiencia «contratrasferencial», sobre todo cuando pude prestarles oído atento porque habían retomado un análisis o porque se encontraban en situación de control, en muchos casos me impresionó la confusión presente entre su problemática y la de sus pacientes, entre lo que oyen de las fuerzas eficaces en el inconciente de estos, de la angustia que las atestigua, y lo que no oyen de su propia problemática inconciente y su angustia. Sordera que permanece para ellos totalmente desconocida merced al desvío de sentido que imponen al concepto de identificación. Sería su sedicente capacidad de identificarse con el vivenciar del anali-

⁴ He ahí otra confirmación de lo indispensable que es para el analista haber hecho ya la experiencia de una relación trasferencial, haber experimentado en su pensamiento, en su cuerpo, en los trabajos padecidos, lo que ella supone; haber podido comprender sus consecuencias y sus trampas, y haberse liberado en lo esencial.

zado lo que les permitiría comprenderlo tan bien; de lo cual tendrían la prueba por los afectos, las emociones, las asociaciones que dentro de su espacio psíquico provocan el discurso y el comportamiento de su *partenaire*.

La importancia así acordada a la capacidad del analista para moverse en el tablero de las identificaciones, la valorización que hacen de sus dones de introspección, de su mantenerse abiertos a sus propios afectos y asociaciones sin verse forzados a recurrir a un escudo de teoría; son todos aspectos que estarían más que justificados si uno no descubriera qué otro mecanismo psíquico puede esa valorización-racionalización llegar a ocultar. En los casos que tengo en mente, los afectos que ciertas manifestaciones trasferenciales movilizan sólo son tolerables para el analista si puede recurrir a una defensa muy cercana al concepto kleiniano de identificación proyectiva. Laplanche y Pontalis, en su *Vocabulaire*, la definen así: «un mecanismo que se traduce en fantasmas en que el sujeto introduce su propia persona (*his self*) en totalidad o en parte en el interior del objeto para hacerle daño, poseerlo y controlarlo».

En la teoría de Melanie Klein, esas «partes» introducidas en el interior del objeto son las más de las veces «partes malas» clivadas de su propia psique y proyectadas por el *infans* al interior de la psique materna. En esto la meta es doble: la posibilidad de controlar, de dominar a la madre desde el interior, y la posibilidad de proyectar al exterior de sí el objeto perseguidor. Si la madre puede soportar esta proyección y enviar al *infans* una representación de esas «partes» que las metabolice en imágenes de «objetos buenos», y si las pulsiones hostiles y el ansia operantes en el *infans* no son demasiado intensas, la psique podrá reparar su propia representación, recuperar esas partes de que se había mutilado. En los demás casos, esas partes proyectadas sufren una desintegración, un despedazamiento que hará imposible llegado el caso su reunificación y reapropiación; imposible, entonces, el trabajo de reparación en el momento de la fase depresiva que sigue a la fase paranoide. (No necesito indicar que simplifico y resumo enormemente este concepto de Melanie Klein.) El resultado es en este caso que no sólo el Yo [*Moi*] queda definitivamente desposeído de partes de él mismo, sino que no podrá reencontrarlas si no es como objetos malos, perseguidores, mutilantes. Hecho más importante, en que ha insistido particularmente Bion: experimentará igualmente peligroso y perseguidor todo pensamiento que le dé ocasión y/o lo obligue a reconocer la presencia y la acción

de uno de estos «objetos malos». Todo objeto que se perciba como un continente de lo que Bion llama «objeto bizarro» (es decir, un fragmento excesivamente peligroso del Yo propio, que posee sobre este un poder mortífero y perseguidor), desencadenará la puesta en acto de un trabajo de destrucción de todo «lazo» entre la actividad pensante del sujeto y el objeto pensado. Obrando de este modo, el sujeto en esa misma medida automutilará su propia capacidad de pensar, de percibir, de experimentar.

Tras este panorama a vuelo de pájaro de la concepción kleiniana de identificación proyectiva, retomemos la problemática que a mi parecer especifica ciertas formas, poco frecuentes, lo espero; de la relación analítica. El analista proyecta al interior de la psique del analizado algunos de sus propios pensamientos, algunas de sus representaciones fantasmáticas, desde luego que con la carga afectiva que les es propia; pensamientos, fantasmas, afectos cuya eventual elucidación ha sido sentida siempre por su yo como peligro inasumible, en proporción a la resistencia desplegada en el curso de su propio análisis y que explica la exclusión de aquellos del espacio analítico.⁵ Pero una vez convertido en analista, los afectos y las proyecciones trasferenciales de que deviene soporte movilizarán aquellas representaciones pulsionales excluidas hasta entonces del espacio del yo, y abrirán una brecha en la fortaleza que este último había edificado para guardarse de ellas. Este (el yo) correría en ese caso el riesgo de verse constreñido a «pensarlas», es decir: si no encontrara una defensa eficaz, a reconocer la presencia de un lazo entre él mismo, su actividad de pensamiento, sus posibilidades de percepción y sus «objetos bizarros», de los cuales esta vez estaría forzado a aceptar que le pertenecen; pero este reconocimiento y esta aceptación no son compatibles con el funcionamiento de su pensamiento. En estos casos, el analista tiene dos soluciones: o se preserva en un estado de «sordera absoluta» —siempre que consiga operar una suerte de anestesia afectiva para sus reacciones al discurso del otro—, o no podrá dejar de «percibir» en él mismo la acción de sus afectos, de «pensar» lo que lo trabaja. Su defensa consistirá en este caso en «analizar» (dos veces entre comillas habría que poner el término) las razones de su vivenciar, de sus pensamientos, de sus afectos, para lo cual apelará a causalidades, a

⁵ Estos «objetos psíquicos», justamente, constituyen lo no-analizable (véase más adelante).

3